

Juan Pablo es un niño menu-  
dito, pelo chocolate, abun-  
dante, y ojos grandes color café.  
Él es muy amigo de la lluvia, de  
las flores y de los árboles. Vive  
con su madre y su abuela, en una  
casa que tiene un gran jardín. En  
realidad no es muy grande, pero  
Juan Pablo lo siente grande y  
eso es lo importante.

Un día, Juan Pablo quiso hacer-  
se amigo de los pájaros, porque  
se divertía con sus trinos y sus  
competencias de canto entre las  
ramas. Así que se fue a buscarlos  
debajo de las frondas de los al-  
mendros, donde acostumbraban  
reunirse los azulejos, los sangre de  
toro, los colibríes y las mariposas.

¿Cómo hacerse amigo de  
esos seres tan especiales?, pen-  
saba el niño, hasta que decidió  
que se les acercaría con un pre-  
sente. Diciendo y haciendo, les  
puso agua, migajas de pan, se-  
millas y un poco de arroz sobre  
una batea de madera que colocó  
bajo el almendro. Pero los ani-  
males no acudieron enseguida;  
esperaron a que él se durmiera y  
entonces acabaron con todo lo  
que les había obsequiado. Lue-  
go se fueron.

Una y otra vez Juan Pablo in-  
tentó hacerse amigo de ellos de  
esta manera, y siempre ocurría lo  
mismo. Decepcionado, se acercó  
con varios pedazos de pan a los  
talingos, quienes no dudaron en  
comerse hasta las migas, pero  
volaron de una vez hasta los ár-  
boles más altos, donde parecían  
burlarse de él con sus graznidos.

# Tranquilito

POR GLORIA MELANIA RODRÍGUEZ

Juan Pablo regresaba a su casa  
con la vista clavada en el suelo.

Su abuela lo veía regresar,  
apesadumbrado, por lo que de-  
cidió intervenir con un consejo.

—No solo se trata de darles  
comida, intenta acercárteles con  
amor, calladito y tranquilito —le  
dijo ella.

Un poco más animado, al día  
siguiente Juan Pablo se les acer-  
có con amor, calladito y tranqui-  
lito. Pero, igual, los animales le  
tuvieron miedo y escaparon.

—Hazlo con más amor, más  
calladito... Diles que eres tran-  
quilito -insistió la abuela.

Y Juan Pablo, otra vez, se fue  
al almendro, muy despacio, muy  
en silencio, hasta que vio a un  
colibrí color esmeralda posado  
al lado de una flor.

—Yo soy tranquilito... Yo soy  
tranquilito... ¿ves? —susurró  
ante la avecilla.

El colibrí verde, al verlo llegar  
así, un paso primero, otro des-  
pués, hablando con una lengua  
parecida a la brisa, recordó cómo  
traía comida hasta el árbol, y  
desplegó sus alas y con su vue-

lo menudo vino a pararse en su  
hombro. Parecían viejos conoci-  
dos. Al día siguiente se fueron a  
pasear por todo el pueblo.

A su regreso, los azulejos, los  
sangre de toro, las mariposas y  
hasta los talingos, se quedaron  
asombrados al ver al colibrí pa-  
seando con el niño que les traía  
comida.

—¿No te da miedo? ¿No te  
hace nada? ¿No te come? —pre-  
guntó un azulejo preguntón.

—Claro que no —respondió  
el colibrí— Es amoroso, es calladi-  
to... ¡Ah! y se llama Tranquilito.

Y Juan Pablo, sin saber que ya  
tenía un nuevo nombre entre sus  
amigos, se sonrió al oír el cantu-  
reo de los pájaros, contento de  
poder sentarse bajo el almendro  
a verlos comer en su mano.

---

GLORIA MELANIA RODRÍGUEZ. Egre-  
sada del Diplomado en Creación  
Literaria 2003 de la U.T.P. En 2005  
gana el Premio de cuento "Darío Herrera" de  
la Universidad de Panamá con su primer li-  
bro de cuentos: *Cartas al editor* (2006).  
En 2008 obtiene el Premio "Carlos Francisco  
Changmarín" de Literatura Infantil por su libro  
*El jardín de Mama Charo* (2009).